

# En la geografía del cuerpo<sup>1</sup>

*Alfredo de Andrés Ramos*

Se podría dibujar un mapa siguiendo las finas líneas de la herida. Un mapa repleto de valles y de montañas a los que se podría dar nombre; igual que ocurría en los exámenes de anatomía, cuando había que reconocer en los atlas mudos los nombres de las arterias que se extendían por el cuerpo y que parecían los afluentes de los grandes ríos de América. Sí, hay que nombrar las cosas porque así las hacemos nuestras.

Quería decirle aquello mientras le curaba las heridas. Quería decirle que los pequeños derrames que surgían del centro mismo de aquel hematoma eran como los afluentes del Orinoco, y que bajo aquella piel morada habitaban miles de terminaciones nerviosas que llevaban el dolor de su magulladura hasta el centro mismo del alma. Pero en vez de eso murmuró un escueto:

— Ya es mala suerte.

Y siguió pasando la gasa con cuidado por el corte.

Ella apretó con fuerza los labios y a Elena le pareció que aquel silencio era como el atardecer del desierto de Atacama. Porque aquel silencio se abría paso entre las sombras, igual que el que ella había vivido en el espacio vacío del desierto un año antes, cuando el sol se ocultó más allá de la línea del horizonte. Entonces, aquel silencio y aquella extensión yerma le produjeron una sensación de soledad como jamás antes había sentido. Volvió a mirar de reojo hacia los labios mudos de su paciente, mientras se preguntaba si merecía la pena dar dos puntos en la herida. Le haría un poco de daño, pero con dos puntos aquel pequeño valle se cerraría para siempre y apenas le quedaría cicatriz.

— De todas formas es raro, ¿no?—insistió Elena mientras extendía un poco de Betadine por otra herida.

— ¿El qué?—respondió ella.

La voz le tembló un poco, lo suficiente como para que Elena dejara de tocar la herida con la gasa. Pensó que ella había sido la causante de aquel pequeño temblor, pero al levantar la vista para mirar a los ojos de su paciente, esta desvió la mirada. Y es que bajo la piel los nervios recorren el cuerpo y llegan desde el desierto de Atacama hasta el centro mismo del alma, donde depositan cada recuerdo y cada roce. Puede

---

<sup>1</sup> Primer premio XVI Certamen de Relatos San Juan de Dios (2014).

que ella transitara también por otros desiertos, y que en ese momento sus nervios llevaran la soledad de miles de atardeceres hasta el centro mismo de su nada.

Elena siguió limpiando con cuidado el interior de la herida, retirando los pequeños restos adheridos a las paredes.

—Digo que es raro caerse dos veces por las escaleras en tan poco tiempo—apuntó mientras pasaba con cuidado la punta de la gasa.

Ella no dijo nada. Sus ojos eran grandes como la palabra grande, y se abrían silenciosos hacia un mundo repleto de cordilleras sin nombres y de valles como heridas, en las que las lágrimas rellenaban las cuencas por donde transitaban ríos repletos de silencios.

—¿Te gusta viajar?—preguntó Elena.

Ella sonrió. Lo hizo brevemente, como si una luz hubiera atravesado el horizonte limpio del desierto y hubiera iluminado su mundo con un abrazo tan grande y tan intenso como solo lo puede dar el sol en mitad de la nada.

—Si, viajamos mucho. Él me lleva siempre de viaje después de cada...

Dejó la frase en el aire, como si estuviera sujeta por los arcos que sustentan la cúpula del Duomo de Florencia. Allí se quedaron las palabras, suspendidas en el aire igual que aquella cúpula hermosa y frágil que Elena había visitado en su última escapada a Florencia. Ella desvió de nuevo la vista y apretó los labios, como si su garganta, repleta de nervios como ríos, no supiera cómo proseguir. Algunas veces los nervios de las cúpulas no son tan diferentes de los nervios que fluyen bajo la piel, salvo que unos solo pueden transportar la belleza y los otros también puede llevar el dolor agreste de una bofetada.

—¿Después de?—preguntó Elena animándola a que acabara la frase

—Después de nada.

Nada es lo opuesto a todo, como vena es opuesto a arteria. Unas entran del corazón y otras surgen de él y se proyectan hacia el resto del cuerpo. Pero a medida que avanzan en su camino, esas arterias y esas venas van cambiando, y por eso hay que darles nombre, para hacerlas nuestras. Hay una geografía del cuerpo igual que hay una geografía de los ríos y de las montañas. En el caso del cuerpo, es una geografía oculta que se camufla bajo la piel, pero que también puede elevarse como un volcán para transformarse en herida, o convertirse en un lago púrpura como un hematoma.

Elena terminó de colocar los dos pequeños puntos de tela sobre una de las heridas, y al hacerlo pensó que parecían dos puentes atravesando un canal.

—El año pasado fui a Italia—dijo Elena—. Estaba pensando que esta herida tuya es como un canal de

Venecia, y que estos dos puntos son como dos pequeños puentes.

—Pues no, no es ningún canal. Es una herida y además duele, así que cuanto antes acabes antes me podré marchar.

—Perdona—se excusó Elena—, solo intentaba ser amable.

Ella rehuyó de nuevo la mirada de la enfermera y recorrió con la vista la sala de curas. Después suspiró y movió de un lado al otro la cabeza, como si tratara de sacar de su interior algún pensamiento.

—No tenía que haberte dicho eso—dijo con la cabeza baja—estoy un poco nerviosa. Lo siento.

De nuevo la voz se le quebró un poco. Tan solo un poco, porque en la geografía del cuerpo hay también pequeñas fallas y pequeñas grietas que terminan por provocar derrumbes, igual que le ocurrió al Campanille de Venecia, que se vino abajo a principios del siglo XX. Elena recordó ese detalle mientras preparaba uno de los apósitos. Todo comenzó con una grieta en uno de los muros laterales. La grieta se fue haciendo cada vez más grande hasta que finalmente el campanille colapso un catorce de julio de 1902. Los derrumbes siempre comienzan con una pequeña grieta que se va haciendo cada vez más y más grande, hasta que finalmente la energía acumulada se libera y hace que todo se venga abajo.

Mientras colocaba el apósito sobre la herida, Elena dijo en voz baja:

—Quizás deberíamos hablar de lo que te ocurre. Creo que te vendría bien hablar. No tiene sentido que siga curándote estas heridas si no ponemos remedio a lo que las causa.

Y de nuevo el silencio. En el desierto los silencios se extienden de este a oeste hasta que lo ocupan todo. Son silencios que te obligan a volverte hacia ti mismo, porque el desierto está tan vacío que los sentidos buscan refugio en los estímulos interiores. *Los* ojos acuden a los sueños, los oídos a los ecos y las manos al roce de la arena. El mundo entero se convierte en una suerte de memoria que transforma lo sensible y lo convierte en sentimiento. Por eso le gustó a Elena el desierto de Atacama, porque bajo la geografía de nuestros cuerpos fluyen miles de nervios que llevan de un punto al otro la memoria del dolor y del placer; una memoria que parecía fundirse con aquel espacio inmenso en donde cada sensación era un recuerdo y cada recuerdo llevaba a una idea. En aquel lugar fue donde se dio cuenta de que su cuerpo era una prolongación de lo que la rodeaba.

Elena miró a su paciente. Su cara estaba llena de magulladuras y sus brazos eran un cúmulo de moratones. Finalmente decidió no suturar el valle, sino colocar sobre él dos pequeños arcos.

—Dos arcos—murmuró en voz baja.

—¿Qué dices?

—¡Nada!, estaba hablando sola. Algunas veces me ocurre. Me pongo a pensar y, sin querer, me surgen las palabras. Ahora mismo pensaba en que estos dos puntos podrían ser dos arcos de la catedral de Florencia.

—Sí, a mí también me pasa. Debe ser que nos concentramos mucho.

—Es por la geografía del cuerpo—le aclaró Elena.

Ella la miró con ojos de sorpresa, aunque después volvió a sonreír. Fue una sonrisa tan breve y extraña como el agua en el desierto.

—Todo está conectado en nuestro interior—dijo Elena—. Todo. Cuando algo nos enferma, aunque sea el extremo de un dedo, es todo el cuerpo el que enferma. Todo está conectado por nervios o por vasos. Si pudiera te enseñaría un atlas de anatomía para que pudieras verlo por ti misma. Por eso se llama atlas, porque en él las venas son como ríos y los nervios son como senderos. Caminos que recorren el cuerpo de un punto al otro. Pero también la geografía de nuestro cuerpo se conecta con la que nos rodea.

—¿Y por eso mi herida es un canal de Venecia?

Esta vez fue Elena la que sonrió.

—Más bien es al revés—respondió mientras terminaba de colocar otro apósito—. Venecia está repleta de canales. Bien mirado, cada uno de ellos podría ser una herida. En ese caso los puentes serían las suturas que cierran las heridas e impiden que la ciudad se venga abajo. Si lo piensas así, tu imagen de Venecia cambia. Por eso es tan importante la geografía. Al nombrar a los objetos los hacemos nuestros; y solo cuando son nuestros podemos manejarlos. Cada uno tiene que crear sus propios mapas.

Ella tenía el pelo sucio y bolsas bajo los ojos, como si las lágrimas se hubieran acumulado en sus párpados. Sus labios eran finos y su nariz lo suficientemente pequeña como para pasar desapercibida. Miraba sin fijar la vista, como si temiera quedar atrapada en los ojos de los demás, y movía las manos nerviosamente, apretándoselas de vez en cuando, como si tuviera que comprobar cada cierto tiempo que los dedos continuaban al final de sus manos. Porque las manos, como todo el mundo sabe, están compuestas de venas y de nervios, pero también de desiertos y de ciudades como Venecia. Las manos recuerdan cada camino y cada paso, cada ilusión y cada desesperanza; y por eso se van llenando poco a poco de diminutos senderos que terminan por comunicar entre si todas las vivencias, hasta convierten las palmas en atlas mudos.

Ella se miró las manos por un instante y murmuró algo que Elena no logró escuchar. Después levantó la vista y miró por primera vez fijamente hacia los ojos de su enfermera.

—Algunas veces no hay mapas que te guíen.

—Siempre hay un lugar al que dirigirse—respondió Elena.

—¿Siempre?

—Sí, siempre.

—¿Y si no hay mapa?

—No hacen falta mapas para ir al norte, sino brújulas. Para orientarte no tienes más que echar mano de la geografía de tu cuerpo. Eso es todo. Haz la prueba.

Ella se tocó la cara y se pasó los dedos sobre los apósitos y sobre las antiguas cicatrices. Lo hizo muy despacio, como si las heridas fueran canales y los esparadrapos fueran cúpulas sustentadas por finos arcos. Y mientras lo hacía miró de nuevo a Elena, que le sostuvo la mirada mientras ella descendía lentamente su mano hacia esos moratones que parecían islas perdidas en un océano de piel pálida.

—No sé si mi cuerpo guarda el recuerdo de hacia dónde tiene que ir.

—Prueba a despertarlo.

— ¿Cómo?

—Repite los nombres. Todo tiene su nombre. Gracias a ellos sabemos dónde estamos. Algunas veces lo olvidamos. Entonces solo hay que pararse y recordar cómo se llaman las cosas.

— ¿Cómo llamarías tu a esto?—preguntó ella mientras se señalaba uno de los apósitos.

—Pues podría llamarlo herida inciso contusa, aunque también podría llamarlo valle. A ti te podría llamar paciente, aunque también podría decir que eres Atacama. A tu brazo le podría llamar bíceps braquial, pero también podría ser un mar repleto de islas moradas como recuerdos.

—Me quedo con lo de mar antes que con lo de bíceps braquial.

—Si. La verdad es que a mí también me gusta más mar, aunque mi profesor de anatomía no estaría muy de acuerdo.

Ella volvió a sonreír, pero esta vez la sonrisa duró más tiempo sobre sus labios convirtiendo su boca en un esbozo de alegría. Sin embargo la sonrisa terminó por desaparecer. Bajó la mirada y volvió a concentrarse en el suelo, donde se reflejaba la luz brillante de la lámpara de la sala de curas.

—Llevamos diez años juntos—dijo ella sin levantar la vista—. Al principio él no era así, aunque siempre fue muy celoso. Me dijo que yo era lo más importante del mundo; que sin mí no podría vivir; que me iba a cuidar y que me daría todo lo que yo quisiera, pero que a cambio tenía que estar siempre a su lado. Primero fueron los gritos y después los empujones, pero siempre volvía arrepentido y me decía que lo perdonara, que estaba pasando una mala racha en el trabajo, que no iba a volver a suceder. ¿Sabes?, después de aquellos arranques de furia habitualmente acabábamos yéndonos de viaje. Él es muy mirado para las cosas

del dinero, pero en mí no le importa gastar. Siempre me dice que los viajes son una forma de compensarme por su mal genio, y que...

De nuevo las palabras se quedaron atascadas entre los nervios de la garganta, esos que se abren y se bifurcan, y que llevan el llanto desde la boca hasta los ojos, donde se convierten en lágrimas que descienden lentamente hasta llegar a unos labios finos como la palabra silencio.

Elena se acercó y le apretó con fuerza las manos. Ella levantó la vista mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la manga. Volvió a mover la cabeza de un lado al otro y después murmuró:

—Lo siento, perdona. No quería montarte este numerito. Ya sé lo que me vas a decir, pero no es fácil dejarlo, nada fácil.

—No, las cosas nunca son fáciles, pero ignorarlas no lleva a ninguna parte. Tienes que darle nombre a esas cosas.

—¡Yo no las ignoro!—dijo ella levantando la voz—Yo sé cómo son las cosas. Sé que esto no se llama valle ni esto es una isla. Se sus nombres. Se llama herida y se llama hematoma, y te puedo asegurar que también sé cómo duelen. No, no me olvido de ellos. Los recuerdo bien. Los tengo todo el día presente, pero hay cosas que tu no puedes comprender, cosas que son más complejas que unos simples nombres.

—Es cierto—respondió Elena—. Eso no se llama canal ni eso es una bóveda. Pero también estoy segura de que él no se llama escalera.

Su gesto fue una mezcla de sorpresa y miedo. Abrió y cerró varias veces los labios, pero en su boca desierto se habían secado las palabras. Se limitó a agachar la cabeza y a permanecer así durante un tiempo. Elena dejó que sollozara, dejó que el aire penetrara en el árbol tupido de sus pulmones y que la recorriera de este a oeste, como el amanecer

en Atacama. Dejó que se calmara, y que levantara de nuevo la vista para murmurar en voz baja:

—Antonio. Se llama Antonio.

Elena se acercó hasta ella y la tomó de nuevo las manos.

—Cuando le damos nombre a las cosas las hacemos nuestras.

Ella asintió mientras lloraba.

—Las hacemos nuestras—repitió Elena—¿Lo entiendes?

Ella volvió a asentir mientras las lágrimas se precipitaban por su cara.

—Alicia—dijo ella al fin,—Me llamo Alicia.